

ros, como el que seguirían nuestros alfareros para portear el barro. Encuentro más natural que lo fuera el que conducía, por las Santanillas, al sitio de donde se sacaba la tierra para hacerlo. Que conste la equivocación y la rectificación para los que vengan detrás, y volvamos a nuestra tarea de hoy.

La tierra así recogida la llevan a su corral y la amontonan a la intemperie.

Estas tierras arcillosas son diferentes unas de otras y complejas en su composición como consecuencia de las descomposiciones meteóricas que dan infinitas formas a los yacimientos, agregándose al silicato aluminico básico hidratado, el hierro, el manganeso, cloruros y carbonatos, micas, humus, etc., todos con la cualidad común de tener gran avidez por el agua cuando están secos, circunstancia señalada por todos los alfareros de que la tierra ha de estar bien seca y machacada para enturbiar el agua, como dice Peño, y que es la razón de que se pegue a los labios o a la lengua, como hacíamos los chicos en los «gomaeros» de barro barrioso o en las arcillas sacadas al hacer los pozos y la causa de que aquellos «gomaeros» resultaran modelables y los mejores para jugar a las gomas.

Según las impurezas que contiene, la arcilla presenta diferentes colores y propiedades, es más o menos modelable y pierde su plasticidad cuando se la pone a temperaturas del rojo. Las impurezas de la arcilla son precisamente las que dan nombre a las diferentes clases.

Entre las arcillas plásticas, que son las interesantes desde el punto de vista del presente estudio, son las más notables las de la tierra de Barros, en Extremadura, y la tierra blanca de Andalucía y la Mancha (greda), que se usa para quitar manchas y para aclarar vinos o limpiar metales y las más plásticas o modelables, para hacer tejas, baldosas y toda clase de cacharrería.

Las empleadas por nuestros alfareros son muy plásticas, algunas con tanta liga que les han de agregar tierra corriente para rebajarlas, y una vez hecho el barro, es tan suave al tacto como la masa del pan y su cohesión es tanta que se arrolla fácilmente en barras delgadas sin que se rompa. Los tinajeros incluso se la echan al hombro, que es su manera de trabajar, si bien la masa la distribuyen en forma de huso doble unidos por su base, que es el centro del rollo, y lo apoyan en su pecho.

Pues bien, de la tierra o légamo amontonado en el corral, van llenando el pilón cada vez que lo necesitan.

El pilón es una excavación hecha en el suelo, de algo más de medio metro de profundidad y dos de diámetro, recrecida o no en su contorno otro tanto con piedras y barro formando pared recia en redondo o cuadrada.

La tierra se echa machacada en el pilón lleno de agua y se la deja empapar, pues, aunque mucho menos, hierve como la cal y el yeso al apagarlos, que es tomar el agua o hidratarse. A la hora o antes ya está mojada y se la mueve bien con un par de tablas recias o con una azada de astil largo llamada batidera, hasta formar un caldo más bien claro que corra al colarlo. Cuando se le ve bien batido se destapan los agujeros que comunican el pilón con la pilanca, pasando el caldo por una especie de reguera o tubo en forma de mangueta que atraviesa la pared del pilón. La mezcla, que está bien suelta, homogénea, con agua abundante, formando papilla clara, antes de caer en la pilanca, que es un recorrido total de un metro aproximadamente, encuentra un filtro o